

LITERATURA MEDIEVAL

Jóvenes y medievales

por Rafael M. Mérida*

El articulista propone un itinerario bibliográfico de textos medievales a través del cual los lectores más jóvenes puedan recuperar el interés por unos libros injustamente tachados de áridos.



MANUEL BOIX, TIRANT LO BLANC, PROA, BARCELONA, 1989.

7
CLIJ36

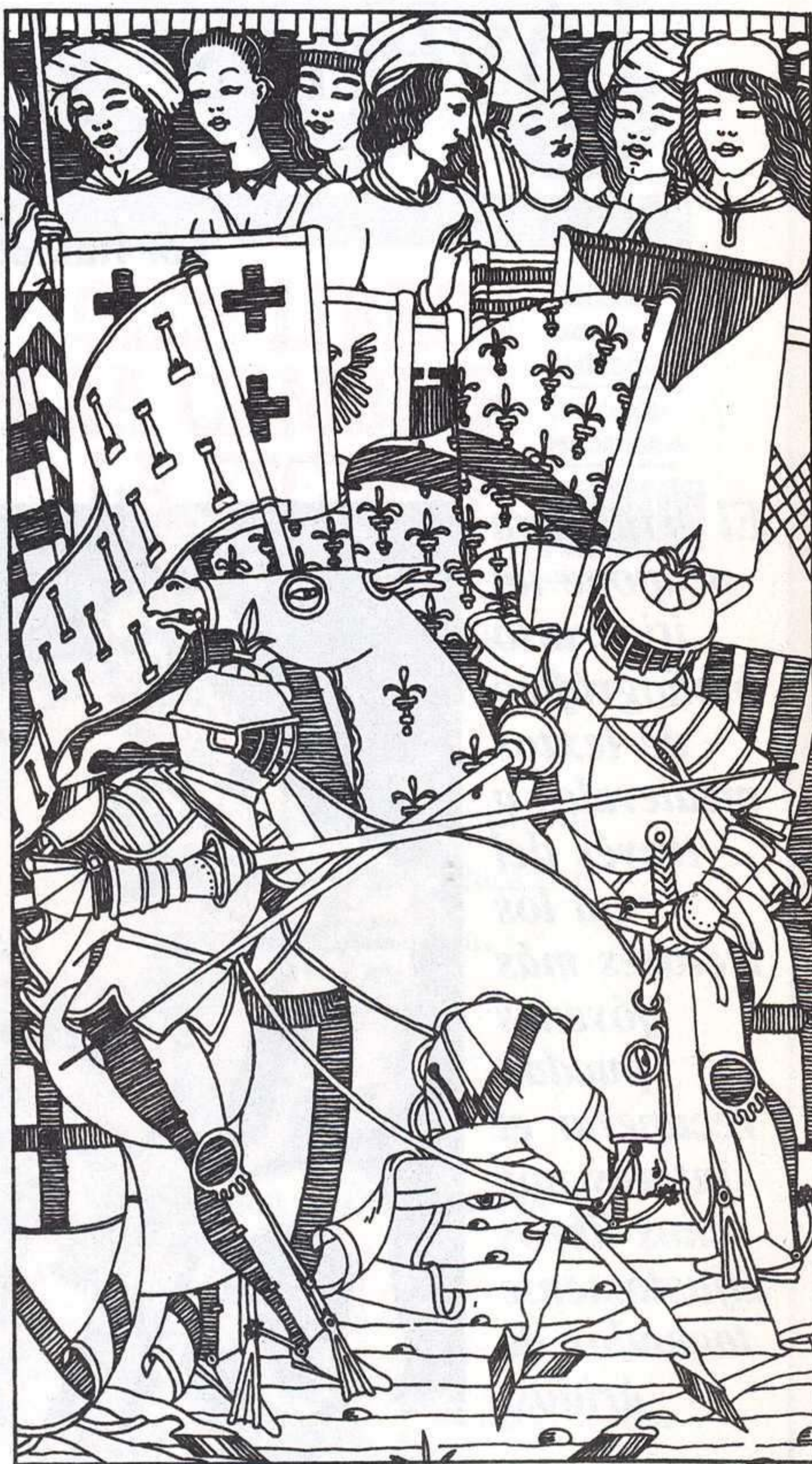
Resulta curioso observar cómo esa misma Edad Media que para la más rancia historiografía era tan sólo una época *infantil* en el desarrollo de la civilización occidental, también ha formado parte del universo lúdico de muchas promociones de chavales. Y no exclusivamente del pasado, pues las aventuras del *Guerrero del Antifaz*, por ejemplo, no se encuentran tan alejadas de las de los protagonistas de *Dragones y Mazmorras*, ni éstas, a su vez, de los enfrentamientos caballerescos de ciertas novelas artúricas del siglo XIII, pues «la Materia de Bretaña, como la mitología grecolatina, es y será algo vivo en nuestra tradición literaria [...]. Su presencia efectiva y real continúa facilitando cauces imaginativos al escritor, cineasta o dibujante de nuestros días, a partir de unos temas y de unos personajes inagotables».¹

Sin embargo, no voy a abordar en estas páginas las transformaciones de aquella cultura en nuestra sociedad —tema apasionante donde los haya, por cierto—, sino que, mediante un sendero divergente, me voy a instalar en los textos de nuestros antepasados con la intención de iluminar una hipótesis que no me parece en absoluto descabellada: los jóvenes también pueden encontrar una «mina de contento» entre las narraciones que ciertos programas se empeñan en ofrecer como áridos capítulos de los estudios literarios o como refugio inexpugnable de vetustos eruditos.

Si bien es cierto que la mejor aproximación a una obra medieval debería contemplar un sinfín de factores que desborda el ámbito estrictamente literario, parece que una tarea de estas dimensiones no acostumbra a ponerse en marcha si no procede de un interés compartido y coordinado por profesores de diferentes seminarios, o, más extrañamente, por algunas instituciones ante eventos excepcionales.

Éste ha sido el caso, por ejemplo, del *Tirant lo Blanch*, célebre novela

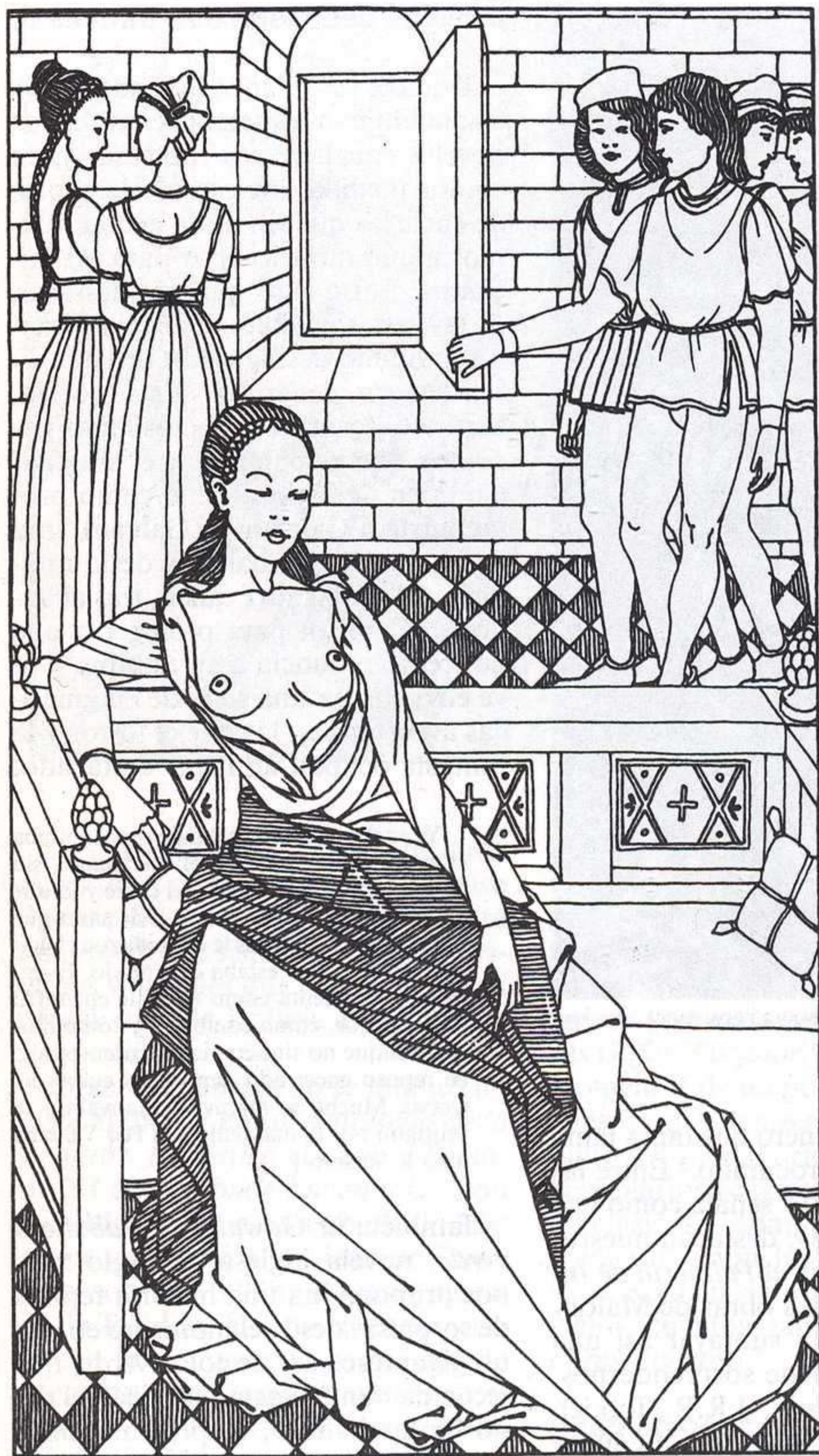
caballerescas de Joanot Martorell que ha celebrado su quinientos aniversario con un gran despliegue de actos y publicaciones, entre las que me interesa destacar ahora una guía titulada *Tirant i el seu temps (Tirant y su tiempo)* que ha editado la Generalitat valenciana. Sus autores, con gran acierto y conocimientos pedagógicos, nos ofrecen una panorámica didáctica que recoge abundantes informaciones históricas de la sociedad en que germina la obra, desde su estructura política y económica hasta su prosperidad artística, con el objetivo de que los jóvenes estudiantes puedan apreciar también la célebre obra a partir del complejo entramado de relaciones que propiciaron su redacción en la Valencia de finales del siglo XV.² No obstante, esta enriquecedora iniciativa —que debería imitarse con mayor frecuencia— sigue un camino diferente al que me he propuesto apuntar, ya que lo que pretendemos ahora es ofrecer algunas lecturas medievales que puedan ser paladeadas sin excesivos ropajes críticos por los más jóvenes.



E. SOLBES, TIRANT LO BLANC, BROMERA, ALZIRA, 1990.

Despertar interés por lo medieval

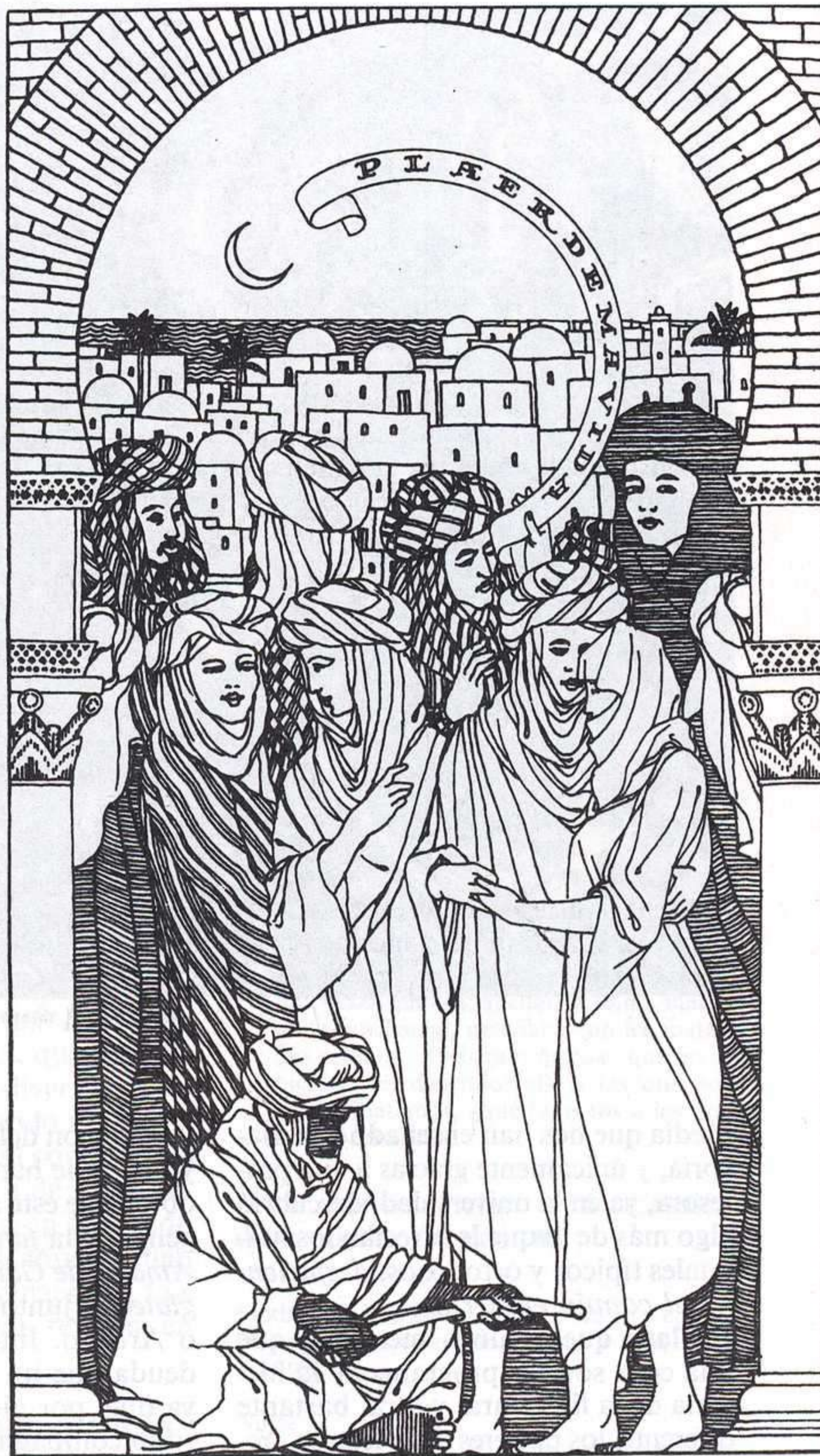
¿Adónde acudir, entonces? A mi entender no podemos dejarnos llevar por la retórica de los tratados al uso, que sobrevaloran una serie de obras con independencia de los lectores a



E. SOLBES, TIRANT LO BLANC, BROMERA, ALZIRA, 1990.

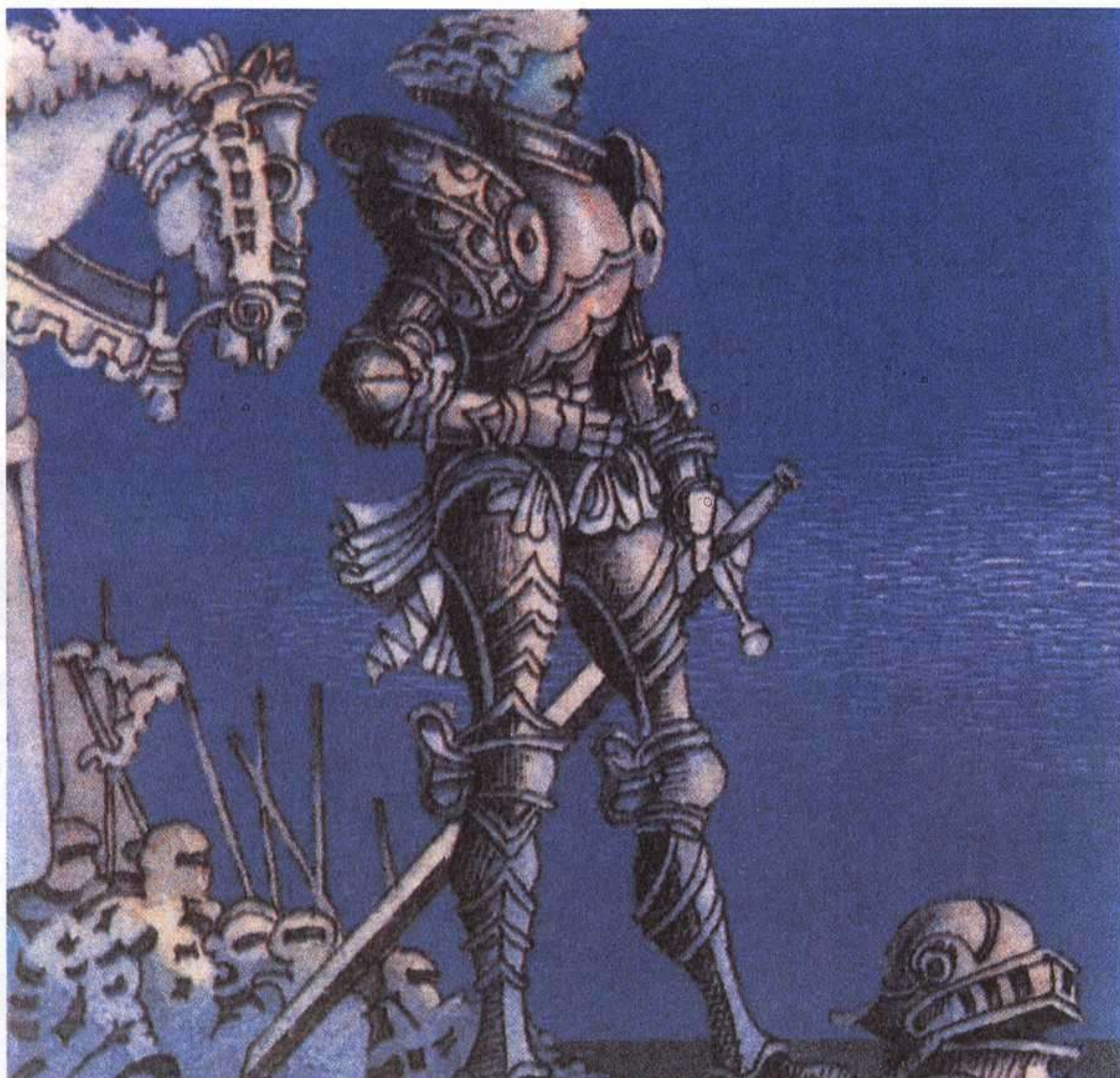
quienes deberían de ir dirigidas: de poco sirve seguir martirizando a los pobres alumnos con las jarchas, los cantares de gesta o la cuaderna vía, si lo que pretendemos es despertar su interés por la literatura y por la *lectura* de los textos medievales.

No ignoro que un planteamiento como el que acabo de expresar, casi a bocajarro, choca con muchísimos intereses y con no pocas actitudes acomodaticias, al parecer bastante extendidas. Tampoco voy a luchar contra molinos de viento. Sólo constato una



E. SOLBES, TIRANT LO BLANC, BROMERA, ALZIRA, 1990.

perogrullada: seguir utilizando a Berceo, a Alfonso X o a Pero López de Ayala, no va a crear excesivos entusiasmos ni vocaciones indómitas, sino todo lo contrario. Sin ir más lejos, el que esto escribe tuvo que sufrir durante muchísimos años esa *odiosa* Edad



MANUEL BOIX, TIRANT LO BLANC, PROA, BARCELONA, 1989.

Media que nos han enseñado a la mayoría, y únicamente gracias a una profesora, ya en la universidad, descubrió algo más de lo que le ofrecían los manuales típicos y ortodoxos, *desfaziendo el común entuerto*.

Claro que algunos me dirán que una cosa son los programas y la historia de la literatura, y otra, bastante diferente, los placeres de la lectura. Yo, humildemente, les propondría que intentaran aunar unos y otros, y les brindo algunas de las muchas sugerencias que, con buen ánimo, se pueden vislumbrar sin excesivas penalidades.

Michael Moorcock, uno de los mejores escritores de narrativa fantástica de la actualidad, publicó en 1987 un peculiar ensayo sobre las fuentes

y evolución del género que tanta fama y dinero le han procurado.³ Entre las obras que este autor señala como orígenes de la *fantasy*, destacan nuestro *Amadís de Gaula* y el *Palmerín de Inglaterra*, junto a las obras de Malory o Ariosto. Intenta subrayar así una deuda que no puede sorprendernos, ya que, por ejemplo, J.R.R. Tolkien supo compaginar su vocación, como creador de esos mundos que han atrapado a generaciones de lectores gracias a *El señor de los anillos*, *El hobbit* o *El Silmarillion*, con su fecunda y prestigiosa carrera como medievalista.

Tenemos ya, por consiguiente, un primer referente válido para las dos épocas: ¿por qué no trasladar el interés hacia la Edad Media?

Novelas caballerescas francesas

Durante los últimos diez años se ha traducido una respetable cantidad de novelas caballerescas francesas y, en menor medida, inglesas y alemanas, de entre las que sin duda encontraremos algún modelo apto para no iniciados. Entre ellas quisiera destacar, de las varias posibles, un *roman* francés anónimo del siglo XIII titulado *El cementerio peligroso*.⁴ Esta novela, escrita todavía en los octosílabos pareados que popularizara el singular Chrétien de Troyes, tiene como protagonista a Gauvain (o Galván), uno de los mejores caballeros de la mesnada del rey Arturo, quien, tras abandonar Camelot para proteger a una doncella, renuncia a su nombre y se ve envuelto en una serie de enigmáticas aventuras en las que el terror y la fantasía ocupan un lugar destacado:

Ya estaba allí el cofre donde se encontraba el brazo del caballero, y el Encantado, sin demorarse, saca el brazo del cofre y lo une al cuerpo. Entonces estuvo más sano que pez alguno. Y aquéllas le concedieron el don al Orguloso que estaba encantado. El caballero les cuenta cómo aquél le encontró en el bosque, cómo combatió y cómo murió, aunque no sintiera nada, cómo estuvo en reposo encerrado dentro del cuero del ciervo. Mucho se maravilló Gauvain y se santiguó por la maravilla y el Feo Valiente hizo lo mismo [...].

También *Sir Gawain y el caballero verde*, novela inglesa del siglo XIV, nos proporciona una historia repleta de sorpresas desde el momento en que un gigantesco ser de color verde, que recuerda «un fantasma surgido del reino de las hadas», se presenta en la corte artúrica y reta a sus caballeros de forma harto provocativa:

Si hay alguno en esta corte que se tenga por espíritu audaz, y de sangre y alma fogosa, y que se atreva a descargar un golpe a cambio de otro, le daré como presente esta hacha costosa. [...] Entre tanto, yo aguardaré impasible su golpe a pie firme, en el mismo suelo, con tal que pueda asestarle otro sin reparo. Sin embargo, le concederé el plazo de un año y un día [...].⁵



MANUEL BOIX, TIRANT LO BLANC, PROA, BARCELONA, 1989.

Dos novelas, en definitiva, de amena lectura y que proporcionan de paso algunas de las mejores claves para comprender el sistema de valores estéticos y morales que tanta influencia ejerció en toda la Baja Edad Media occidental.

Jorge Luis Borges no se inmutó un ápice al incluir en su *Antología de la literatura fantástica* el célebre Ejemplo XI de *El Conde Lucanor* de Don Juan Manuel, que lleva por título «De lo que contesció a un deán de Santiago con don Yllán, el grand maestro de Toledo». Y, a mi entender, con mucha razón, pues la capacidad de este relato para transportarnos en el espacio y en el tiempo no ha perdido su efectividad con el paso de los siglos.

Lo mismo sucede con muchos de los cuentos escritos en nuestra Península por aquella época, que podrían reemplazar perfectamente muchas de las fabulaciones folclóricas manidas que suelen utilizarse. En la estupenda colección preparada por María Jesús Lacarra para la serie de clásicos modernizados de Castalia, además de

un estudio preliminar de indudable valor, encontraremos una oportuna selección que recoge historias de las más variadas procedencias: orientales (como *Calila y Dimna* o *Sendebár*), latinas (*Libro de los gatos*) o hispánicas (*Zifar*, *Lucanor*, etc.), que brindan momentos de no poca diversión e interés, ya que «entresacando sus temas tanto del caudal oriental como de los ejemplarios religiosos o de las fábulas clásicas —adaptadas en el mundo medieval— don Juan Manuel o Juan Ruiz escriben sus obras maestras. Los viejos cuentos también reviven en *odres nuevos*».⁶

Adaptaciones cinematográficas

Un medio muy útil para que los jóvenes se hagan partícipes de la literatura medieval, de su imaginería y de su vocabulario, al tiempo que disfrutan de un estupendo entretenimiento, es el cine, pues en no pocas ocasiones se han utilizado los textos de aquella época con resultados bastante satisfactorios para facilitar las lecturas posteriores. Sin pretender ahora la ex-

haustividad y guiándome por mis propios gustos y recuerdos, citaré cinco títulos de entre la vasta filmografía existente: *Il Decamerone* (1970) y *Racconti di Canterbury* (1972) de Pier Paolo Pasolini; *Lancelot du Lac* (1973) de Robert Bresson; *Perceval le Gallois* (1979) de Eric Rohmer; y *Excalibur* (1981) de John Boorman. Con pretensiones estéticas e ideológicas a veces opuestas, que oscilan entre el gusto por el realismo mágico del director italiano, y la espectacularidad de la última cinta, nos encontramos ante obras que remiten, al menos directamente, a los textos medievales y que, por tanto, poco tienen que ver con las versiones de todos los «ivanhoes» o «robines de los bosques» que en la pantalla han sido, casi siempre insufribles.

Y para acabar estos breves comentarios nada mejor que uno de los *Hechos y dichos memorables* difundidos en aquellos tiempos:

Pisístrato, rey de Atenas, tirano, perdonó a un joven que, muy encendido en los amores de una hija suya, le dio un beso en una plaza pública; al cual, la reina, madre de la muchacha, mandaba con ira matar. Sin embargo, Pisístrato dispuso que no se hiciese así, diciendo: «Si a los que nos aman, matamos, ¿qué haremos a los que nos aborrecen?».

La moraleja, claro está, también debe quedar servida. ■

* Rafael M. Mérida es crítico literario y editor. Director de la colección *Héroes y Dioses*, de Montesinos.

Notas

1. Cuenca, L.A. de: *El héroe y sus máscaras*, Madrid: Mondadori, 1991, p. 172.
2. Giner, J.; Montesinos, J. y Martí, J.: *Tirant i el seu temps*, Valencia: Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat, 1990. Con abundante material gráfico y didáctico.
3. *Wizardry and Wild Romance. A Study of Epic Fantasy*, Londres: Victor Gollancz, 1987.
4. Edición de Victoria Cirlot, Madrid: Siruela, 1984.
5. Traducción de Francisco Torres Oliver, Madrid: Siruela, 1982.
6. *Cuentos de la Edad Media*, Madrid: Castalia, 1986, p. 85.